

CERAMICAS DE ENRIQUE ORCE EN UN BAR DE TRIANA

● POR DOS DE LAS OBRAS HAN OFRECIDO A SU DUEÑO 500.000 PESETAS

Tres generaciones de los Orce han vivido en Triana. Apellido de origen sueco, Enrique, gran dibujante y pintor, se trasladó siendo muy niño a Sevilla. Esto sucedía hacia la última década del pasado siglo, y junto a su padre, Pablo Orce, aprendió el arte de la escultura, de la que dejó importantes tallas que se conservan en varias iglesias de La Palma del Condado. Sin embargo, la afición vital de Orce era la pintura. Introducido en el ambiente cerámico de Triana, su arte evolucionó hacia el azulejo esmaltado por el procedimiento "al aguarrás", que había iniciado ya con gran éxito otro gran ceramista, el alemán Klernan.

Al llevarse a cabo la gran Exposición Iberoamericana de Sevilla, el inolvidable arquitecto Aníbal González contó con él para ornamentar la Plaza de

España; cuyas son las bellísimas escenas que figuran en los bancos de la plaza, homenaje a las regiones hispanas. Decoró también la gran escalera del Coliseo España, y muchas obras del artista están desparramadas por la ciudad; otras en distintas capitales y también en América. Hasta en la Ciudad del Vaticano se conserva una Divina Pastora de Enrique Orce.

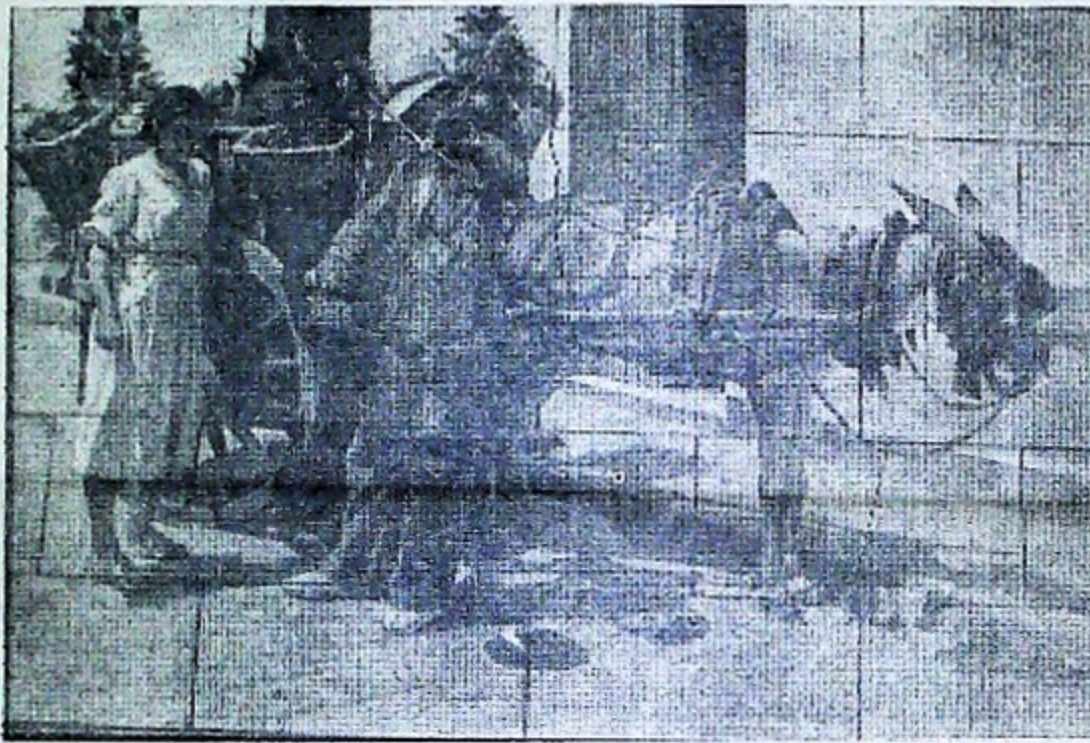
Un caso insólito nos ha sugerido este reportaje: la más original colección de Orce —estampas incomparables arrancadas del natural— se encuentran en Triana, en un bar de Triana. Las bellísimas cerámicas, de las que ofrecemos algunas muestras al lector, constituyen un auténtico homenaje del artista al barrio en donde discurrió su vida y, sobre todo, un conjunto incomparable de gran valor artístico.

Por MARIA GOMEZ



MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICION DE LIEJA

¿Qué ha sido de «La Perla», la gitana que sirvió de modelo al célebre ceramista?



Aunque ya nadie se acuerde, por legendarios, de los desaparecidos mellones, de los alegres colimados de Triana en los que se "vivía" el canto originario del barrio y el baile gitano legítimo, todavía, hasta hace muy pocos años, se ofrecía a los turistas y visitantes que atravesaban el puente buscando la "noche sevillana", un precioso patio-restaurante en la calle San Jacinto, frente al convento de esta advocación. El establecimiento conocido por "El Cafaveral" estaba montado con el mejor gusto y gracia trianera, a base de ladrillo limpio, forja afiligranada, macetas vidriadas, profusión de flores y plantas trepadoras, y sobre toda la motivación, el azulejo, la cerámica policromada. Adornando las paredes festoneadas de jazmines, se mostraba a los clientes, sin leyenda alguna, como sin querer darle importancia, una maravillosa colección —¡casi nada!— de cerámica de Enrique Orce.

El restaurante se clausuró hace años sin entender por qué, ya que el negocio parecía boyante. Su dueño —don José Romero Bonilla— me aclaró, que, como tenía sus complicaciones y requería mucha dedicación, optó por transformarlo en bar-cafetería y colocar en el patio una serie de máquinas traga-perras, que por lo visto quitaban quebraderos de cabeza y proporcionaban pingües ganancias.

Las cerámicas, las valiosas cerámicas de Enrique Orce han sobrevivido a la transformación, y allí continúan adornando el establecimiento, llamando la atención con sus escenas de incomparable colorido. Son cuadros de una Triana fenecida, legendaria y mítica a la que el artista rindió con sus pinceles la ofrenda de su admiración honda: gitanas y gitanos de la Cava; gitanos alfareros, gitanas canasteras y "bailaoras", gitanas ancianas y gitanillos. Todo el mundo de la gitanería trianera sorprendido en sus quehaceres, en su intimidad, en su clima fidedigno.

—Mi padre —me explica su hijo, Fernando Orce, que ha seguido la tradición familiar— tenía pasión por ese tema.

Me cuenta que la cerámica de las canasteras obtuvo medalla de oro en

la Exposición Internacional de Lieja. Interpelo al dueño del bar:

—Pero..., ¿cómo han venido a parar aquí esta colección?

—Orce no anduvo muy sobrado de dinero en la última época de su vida y vendió casi todo. Mire usted —prosigue— por esos dos cuadros me ha querido dar una firma comercial, quinientas mil pesetas; pero no he querido venderlos.

En este instante me acuerdo de una preciosa fuente árabe que existió en cierto ruinoso palacio sevillano y que, adquirida por unos americanos, desapareció por siempre jamás; y, me atrevo a insinuarle:

—Le habrá tentado a usted alguna oferta extranjera...

—No, no. De verdad que no los vendería —responde. Después, Fernando Orce, el hijo del artista, me ha contado:

—Cierta vez, unos americanos se encapricharon por una de ellas y hubo que hacerle una copia.

—¿Qué obras importantes recuerda de su padre?

—Además de las del Coliseo, las escaleras del Hotel Alfonso XII; las del Museo del convento de Capuchinos; una Virgen para el presidente Trujillo; un retrato de Eva Perón que ésta se llevó a la Argentina; varias, propiedad de la familia Piñal; retrato de la infanta María Luisa, en la Cruz Roja...

—¿Cómo pudo llevar al esmalte las escenas de gitanos?

—Mi padre pintó antes los cuadros al óleo, sacándolos del natural, viviendo el ambiente; después, los trasplantó a la cerámica.

Fernando Orce sigue también con apasionamiento la vocación de su padre. Son once hermanos, pero sólo él continúa la tradición. Ha obtenido también un premio en Cannes y actualmente está pintando a la patrona de Almería.

Cuando una vez más me he detenido a contemplar las cerámicas, alguien me ha advertido:

—Esa gitana canastera, la que está sentada tejiendo, era famosa en Triana. No la hubo más guapa y jaranera —y añade con entusiasmo—: ¡Menuda gitana era "La Perla"!

—Y..., ¿qué ha sido de ella? ¿Aún vive? —pregunto intrigado.

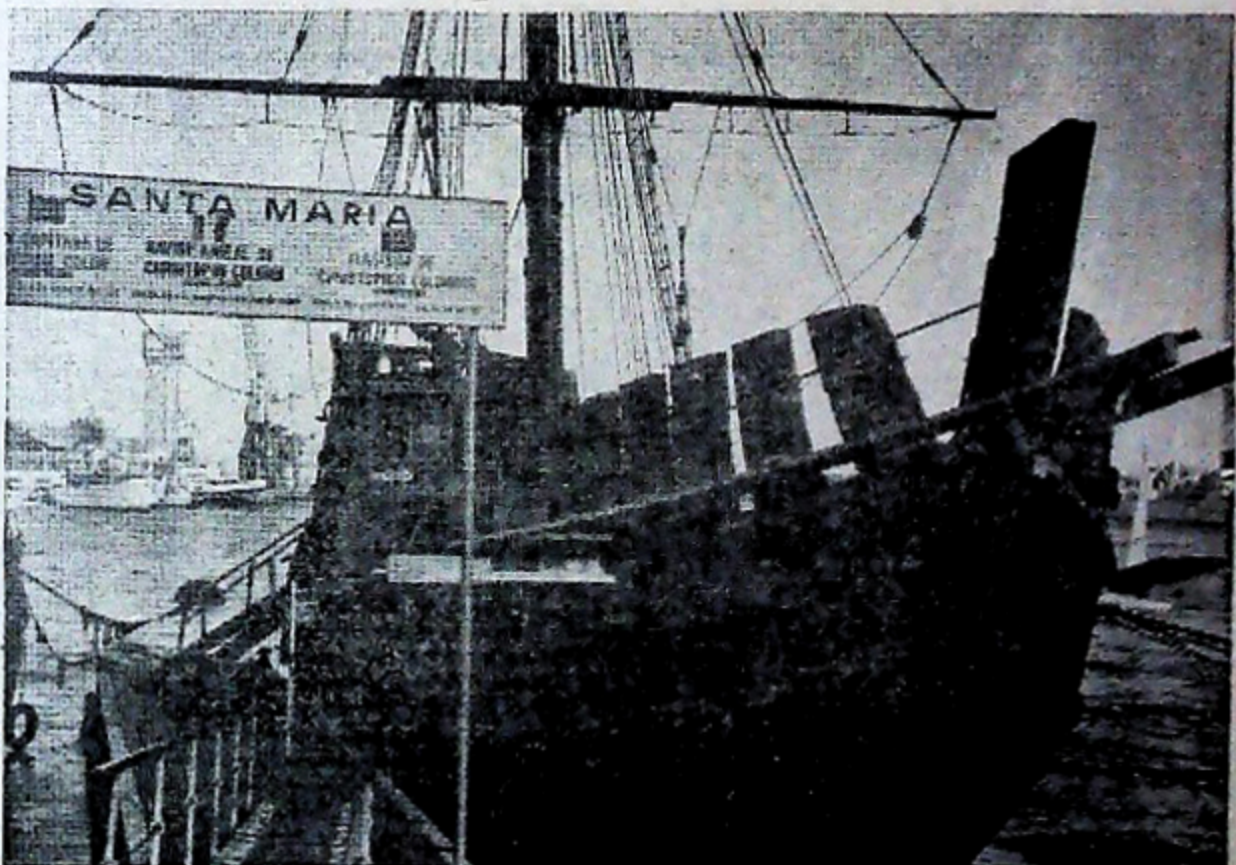
—Creo que no. Fue modelo de varios artistas y al desaparecer la Cava, el "Monte Pirolo" donde vivía, se fue a otro barrio. Sin embargo, a pesar de todo, he intentado indagar

el paradero de «La Perla» porque hubiera sido interesante rememorar la escena del cuadro de las canasteras, pero nadie me da razón cierta de su paradero. A un gitano viejo le he preguntado y me contesta con melancolía:

—¡La Perla! ¡La Perla!... Esa se marchó al "Poligano" o ¡cualquiera sabe! Después ha exclamado casi en un susurro:

—¡Dios santo! ¡Qué guapa era "La Perla"!

Restauración de la «Santa María»



La carabela «Santa María», que permanece anclada permanentemente en el puerto de Barcelona, reproducción exacta de la utilizada por Colón en el descubrimiento de América, está siendo sometida actualmente a importantes obras de reparación y restauración. Una visita a la famosa embarcación es cosa obligada a todo turista o viajero que llega a la ciudad condal. (Fotofiel.)

Confeciona F. CASTILLO LASTRA